

CULTURA Y AGRICULTURA

**EDUARDO CARRASCO
UNIVERSIDAD DE
CHILE**

Cultura y agricultura son lo mismo. En el pasado, la palabra "cultura" nombraba la misma actividad que hoy día llamamos "agricultura". Esto no es un hecho insignificante: el que esta palabra que antes mentaba el noble oficio de preparar la tierra, de sembrar y de cosechar, sirva hoy día para designar ese amplio ámbito de acciones y de cosas que encierra el crear, el inventar, el imaginar, pero también todo aquello que sale de las manos del hombre y transforma la naturaleza en un espacio humanizado, indica, por el contrario, que en esa relación está todo el enigma de lo que llamamos "cultura". La cultura en realidad es una "agricultura" y, por eso mismo, la agricultura es cultura.

La cultura, a su manera, también prepara la tierra. La tierra es paisaje solo cuando el poeta descubre las cosas y les da un nombre. Antes, sólo es un montón sin forma en donde no se distingue el río de la ribera, la flor del fruto, la nube del cerro. Sólo cuando la palabra se alza y comienza a darle luz a nuestro mundo podemos comenzar a vivir en un territorio de cosas que reconocemos, de cosas que hacemos nuestras. La cultura va haciendo todas las diferencias en las cuales vivimos cotidianamente. Hacer estas diferencias es abrir los surcos de nuestro lenguaje para plantar allí semillas. y estas semillas fructifican cuando entran en el círculo de la repetición creadora que llamamos "tradición".

La "tradición" tiene en la cultura la misma función que tienen las estaciones en el dominio de la agricultura: ella reaviva la fuerza de crear y de nacer de nuevo. Es únicamente esta constante vuelta hacia el punto de partida lo que permite que todo pueda de nuevo encontrar la necesidad de renacer, y por eso en la cultura nada es posible sin este renacimiento. Solo la permanente vuelta hacia el origen, el retorno hacia sí mismo, permite la constante renovación que es lo propio de toda verdadera creatividad. En la cultura nada nace de la nada, todo tiene su antecedente, todo tiene su origen y todo se enraíza en la fuerza actuante de un pasado. Las semillas que no caen en el tiempo no son capaces de dar frutos.

Y las semillas no son otra cosa que semillas de lo que mañana seremos nosotros mismos. Hoy día decimos con firmeza: "somos latinoamericanos". Pero qué significan estas palabras? Quién inventó esa manera de ser que es la de ser latinoamericano? Cómo podemos diferenciar esa manera de ser, de otras maneras de ser que también existen en el mundo? Simplemente, mostrando los frutos de nuestra tierra. Y esos frutos de nuestra tierra no son solamente nuestros tomates, nuestros plátanos o nuestros duraznos. También son de un modo muy especial todas las creaciones de nuestros artistas, los poemas de nuestros poetas, los libros de nuestros escritores, los cuadros de nuestros pintores, pero además la artesanía de nuestros artesanos, las costumbres y usos que se han ido asentando en nuestras provincias y ciudades, nuestras ideas e ideologías y todas aquellas significaciones que

tenemos en la conciencia cuando decimos por ejemplo "yo", "nosotros". Es a través de todas estas cosas que somos lo que somos.

Esa es nuestra cosecha, eso es lo que recogemos cuando buscamos lo que produce nuestra tierra. Por eso, tiene tanta importancia plantearnos hoy día el problema de qué es lo que queremos cosechar mañana. Se cosecha lo que se siembra, no otra cosa. Y lo que queremos cosechar nosotros es lo que nos permita decir mañana "soy latinoamericano" con orgullo y felicidad. Esa cosecha depende de como logremos hoy día mismo inventar una nueva manera de ser nosotros mismos, en la cual estén incluidos todos los sentidos que queremos darle a nuestra tierra. Esta cosecha tiene que ver con esas palabras tantas veces usadas que son "libertad", "identidad nacional", "democracia", "justicia social", etc. ¿Cómo se siembran estas cosas?

La cultura sabe como se siembran estas cosas. Ella lo sabe, porque en el fondo sigue siendo una manera de relacionarse creativamente con la multiplicidad de posibilidades contenidas en la tierra. La cultura vive de la multiplicidad. Se siembran muchas cosas, hay muchas hambres que la tierra tiene que satisfacer. Por eso, la cultura tiene que aprender a desentrañar los sentidos más profundos que duermen en las cosas, esperando que el hombre los despierte y los transforme en aspectos formativos de su mundo. Como esos sentidos nunca pueden ser previstos de antemano o agotados en forma definitiva, la cultura está obligada a mantenerse en actitud abierta hacia todo lo que nos llega como nuevo, esto es, a ser pluralista y a desarrollar la diversidad. Ella tiene que abrirse hacia todas las inquietudes de nuestro pueblo, pero también ella tiene que enseñarnos que de muchas partes viene lo que somos. No sólo lo que nosotros sembramos es necesario para que nuestro pueblo se desarrolle. También se necesita lo que siembra el vecino, y por eso, además de pluralista, nuestra siembra tiene que ser tolerante, tiene que alegrarse de las cosechas propias y de las ajenas, de aquellas que llegan porque nuestras manos abrieron los surcos y nuestros corazones las esperaron, y de aquellas que entraron como un regalo sin que nadie pudiera preverlas. .

La cultura es un fruto de la libertad y más que ninguna otra actividad humana ella se asienta en su suelo. Ella tiene que ver con lo que ya somos, con lo ya descubierto de nosotros mismos y de nuestro mundo, ella se arraiga a todo lo que se va presentando como historia definitiva de nuestros pueblos. Pero, igualmente, ella está siempre abierta a lo que no somos todavía, a lo que podremos ser tal vez, a lo que quisiéramos acometer como empresa o como utopía. Por eso, ella tiene siempre delante un vacío de ser, una nada, un invisible que quiere colmarse de ser. En ella nada está definitivamente resuelto, todo puede cambiar y tener otro sentido, pero, al mismo tiempo, en ella todo está resolviéndose, todo está decidiéndose, todo está definiéndose. Esta apertura hacia lo abierto de lo que somos y seremos es lo que comúnmente llamamos "libertad". La libertad es el terreno en el que se mueve el arte, el procedimiento básico de engendrar sus obras. Todo lo que es cultura es hijo de la libertad, por eso la cultura es educadora en la libertad, pero, al mismo tiempo, ejercicio privilegiado de ella, libertad libre liberándose.

Y la cultura, como es una forma de actividad autónoma que vive de su propia autonomía y muere o entra en crisis cuando esta última le falta, necesita

afirmarla constantemente. Esta autonomía no es otra cosa que la propiedad de la cultura de tener sus fines en ella misma y no en otra cosa. Eso hace que ella busque siempre, como condición de su existencia, la democracia. Esta última en el terreno de la cultura no es otra cosa, en efecto, que la autonomía misma, la no instrumentalización de las instituciones y el respeto a la especificidad de cada una de ellas. Del mismo modo como todo lo que crece requiere de un clima adecuado y de condiciones que posibiliten su fertilidad, para desplegar sus poderes, la cultura, que es el ejercicio privilegiado de la libertad, necesita de las condiciones sociales de la libertad, que no son otra cosa que la democracia misma. La cultura, al afirmar su especificidad, es también así educadora en la democracia, y a su vez, la democracia es suelo fértil de la cultura. Ambas se necesitan mutuamente y ninguna puede existir verdaderamente sin la otra. Es sólo en su indisoluble unidad que nuestra siembra puede dar frutos.

Y nuestra siembra además tiene que sembrar las semillas que nuestra tierra puede fructificar, no otras, y tiene que sembrar para que seamos mejores, no peores, y para que nos unamos y no nos dividamos. Eso que llamamos comúnmente "identidad" no es otra cosa que el cierre del anillo en el cual tierra y hombre se hacen uno. Todo aquello que lleva la marca de esa unidad pertenece a ese proceso de apropiación de lo propio en el cual nosotros vamos siendo lo que somos. La apropiación es el modo como lo que no somos se transforma en apropiado. Lo apropiado es lo que pasa a ser propio y lo propio es lo que nos pertenece definitivamente como unidad de un ser nacional que corresponde a lo que éramos, a lo que seremos y a la tierra de donde todo eso surge, que pasa a ser en definitiva, nuestra tierra.

Así, la identidad está siempre abierta y cerrada, disponible para todo lo nuevo que pide entrar en el proceso de apropiación de lo propio y no disponible por pertenecer ya a lo definido de nosotros mismos. Es a partir de un parecido proceso de apropiación de su tierra, que el campesino siembra lo que siembra y no otra cosa, pero al mismo tiempo cambia su sembrar, buscando siempre una más perfecta adaptación a las demandas de su tierra. Así se va produciendo el acercamiento del hombre a lo que contiene la tierra como posible abrigo.

Pero en este proceso de acercamiento lo que está en juego no es solamente el despliegue de las posibilidades contenidas en la tierra, sino aquellas que encierra el ser mismo del hombre, el cual nunca se presenta como un camino cerrado. Por el contrario, lo humano mismo es lo que va apareciendo en el desarrollo de la cultura. La agricultura de la cultura es la siembra que fructifica la tierra, pero también la siembra del hombre mismo, el cual va apareciendo de este modo en la dimensión más cercana a su esencia. El hombre es un resultado, no un dato. Por eso, el único factor que puede garantizar que en la conciencia de cada hombre se erija el principio del respeto por lo humano, es el desarrollo de lo que genera humanidad.

El desarrollo de la cultura es lo único que puede garantizar el respeto por los derechos humanos. Esto ocurre así porque lo que genera humanidad, al mismo tiempo que humaniza, enseña a salvaguardar lo humano. Es la incultura, es decir, la fuerza de lo inhumano siempre pugnano por imponerse en el seno

mismo de lo humano, lo que constantemente atenta contra los derechos humanos. La imposición dictatorial, la censura, la tortura, los atentados contra el derecho y la justicia, la arbitrariedad absolutista, la violencia sistemática, el racismo, la indiferencia ante la miseria, los afanes desmedidos de poder, el individualismo exagerado y múltiples otras lacras que han sufrido nuestros países en el curso de los últimos años son todas formas de reaparecer esto inhumano. En todas ellas somos testigos de un mismo fenómeno de desmesura por el cual un individuo o una institución habla en nombre de la totalidad de lo humano, o lisa y llanamente se toma por ello. Este totalitarismo contradice la esencia misma de la cultura y por eso atenta también contra la esencia de lo humano. La cultura es el hombre inventándose, el hombre en su pluralidad, el hombre abierto hacia su propia generalidad. Lo que llamamos el "género humano" no es otra cosa que la conciencia que el hombre ha adquirido de su propia naturaleza en el seno de la cultura. Por eso, simplemente por existir, sin necesidad de propagandas ni activismos de ningún tipo, la cultura despierta en los hombres el respeto hacia lo humano y es garante de que ese respeto se multiplique y se acreciente.

Todas estas cosas son las cosas que nos puede dar la cultura. ¿Cómo ella puede darnos todo esto? Simplemente, como se dan todas las cosas que vienen de la tierra: mitad, porque un trabajo paciente y esforzado va abriendo las posibilidades para que ellas vengan al mundo, y mitad, porque ellas mismas se abren paso hacia la vida, con la fuerza de su propia savia que las vivifica, y con la ayuda del sol y del viento, de la lluvia y de los ríos.

En el mismo sentido en que la tierra exige del campesino una constante piedad que lo hace inclinarse ante sus poderes, una paciente humildad que lo hace buscar adaptarse a sus fuerzas en vez de intentar doblegarlas con su voluntad, la tierra de la cultura no da frutos si el que ara en ella intenta contrariar sus poderes. Y esto es así porque en el fondo ambas tierras son la misma. La tierra es el otro lado de la vida del hombre, el interlocutor de toda su actividad en este mundo. Es en diálogo con ella que el hombre transforma la primavera en una fuente inagotable de bienes para su vida, y es en diálogo con ella que inventa esa luz resplandeciente que llamamos "belleza" o "poesía". La tierra es lo Otro con mayúsculas, eso Otro del cual el hombre mismo forma parte, pero del cual en cierto sentido se distancia para ir construyendo su historia y su vida. El mundo es la parte de la tierra que tiene ya un nombre. Pero lo innominado también forma parte de ella, y aunque su presencia no sea una evidencia para todos, su poder germinal es sentido y experimentado por muchos. El campesino sabe que en los surcos que él abre hay la promesa de una vida. El poeta observa también los surcos que él a su manera va abriendo y sabe también que el poema es un don más que una obra. En ambos casos es este don lo que va transformando lo inhóspito, en hogar, y el desamparo, en amparo.

Por eso, para el hombre de la cultura, la tierra no es solamente el suelo generoso del que vienen todas las cosas que necesitamos para seguir subsistiendo. Ella es también el lugar metafísico donde estamos ubicados, el "dónde" en que estamos, el espacio a partir del cual nos vamos viviendo. Este "dónde", por supuesto que también tiene que ver con el espacio físico, el cual

en nuestro caso está enmarcado por la majestuosa cordillera y por miles de kilómetros de bellísimas costas, por cerros desérticos, por verdes valles, por volcanes y lagos, por islas, archipiélagos y estrechos.

Pero ninguna de estas cosas, por imponente que sea su belleza, es por sí sola capaz de dar cuenta de nuestro "dónde". Para lograr esto, la palabra tiene que nombrarlas y hacerlas aparecer en su esencia fundante. Lo que ellas fundan de este modo es nuestro mundo, que no es la acumulación de las cosas que nos rodean sino la articulación de lo que nos pertenece, de lo ya descubierto, de lo ya asumido como marco esencial de nuestra vida. Por eso, el poeta, el pintor o el escritor, no son solamente loadores o celebradores de un mundo ya abierto antes de que vengan sus obras a instalarse en nuestra realidad, sino constructores de ese mismo mundo. No solamente reproductores de imágenes que están en la naturaleza antes de que llegue a ella la luz de la inteligencia humana, sino obreros creadores, que al igual que los campesinos, hacen engendrar los frutos de la tierra para que ella misma nos hable y nos revele sus secretos.

Hoy día el tiempo todavía sigue malo. Se está mejorando, pero el sol que despunta a lo lejos no se ha asentado todavía. Puede ser época de siembras, pero no de cosechas. Pero también en la siembra hay momentos de alegría: es la época de las esperanzas, de los proyectos, de las perspectivas abiertas hacia el futuro. Si esto es así, en este momento cada uno de nosotros tendría que tomar conciencia de que lo que vamos a ser mañana depende de lo que proyectemos hoy día. Y en este proyecto no debemos equivocarnos de nuevo. Si con las dictaduras y los desgarros, con la violencia entre hermanos, llegó para todos nuestros pueblos una época de negras cosechas, no fue sólo por culpa del tiempo, fue también porque no fuimos capaces de pensar en toda su amplitud lo que necesitaban nuestras naciones y porque no supimos desentrañar con profundidad lo que la tierra nos quiso decir.

El problema de América Latina no es solamente un problema económico o político, sino también cultural. El porvenir de la agricultura, por ejemplo, también tiene que ver con la cultura. Los que trabajan la tierra tienen que tomar conciencia de que una vida mejor para la gente de nuestros campos depende directamente de que tengamos más imaginación, de que seamos capaces de ser más creativos, de que podamos ser más sabios y más concientes, de que podamos responder de mejor manera a las fuerzas germinales todavía dormidas en nuestro suelo, y de que eso no viene únicamente de nuestro trato directo con él, sino también de un trato con esa otra tierra que labran y siembran nuestros creadores. Los campos de nuestra América han dado grandes sembradores de éstos en los últimos tiempos: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Jorge Amado son de la lista. Hay muchos otros. Nuestra América depende del trabajo de todos sus sembradores. Todos debemos aprender los unos de los otros para que nuestra tierra sea mañana un campo arado por nuestras propias manos y sembrado de nuestras propias esperanzas. Sólo así cosecharemos mañana lo que hoy día evocamos vagamente con esas mágicas palabras de "democracia" y "libertad". Y esta cosecha no sólo será una obra de los hombres que tesoneramente han trabajado por obtenerla, sino además un

don de nuestra tierra, que apaciblemente, como la bella durmiente, nunca se cansará de esperar el beso mágico que la despierte por unos instantes de su eterno letargo. La tierra se da y se oculta, reservándose siempre para primaveras todavía insospechadas que vendrán algún día a iluminar el provisorio mundo de los hombres.

Nosotros, latinoamericanos, que de una u otra manera estamos en diálogo con nuestras fuerzas originales, debemos aprender a lanzar nuestras simientes todavía más lejos, y a abrir nuestros surcos todavía más profundamente, para estar a salvo de nuestra propia desmesura y para corresponder más amorosamente al llamado de nuestra tierra. Es como respuesta a este llamado que la cultura y la agricultura son lo mismo, y es en este "mismo", hacia el cual ellas intentan constantemente acercarse, donde se cumple por fin su esencia unitaria, donde ambas son verdaderamente lo que son. Hacia esa unidad marchamos hoy día todos los que de uno y otro modo buscamos el alma y el centro de nuestro continente.

*El surco es tierra
Las semillas son tierra
El campesino es tierra*

La siembra es tierra sembrándose a sí misma

